

“La verdad detrás de Soren Vleidt” por “su ilustrísima, el señor Gato Fantasma”

Pocas veces había visto un edificio como aquél.

La estructura de madera parecía tener vida propia, y se curvaba, entrelazándose como una serpiente, mientras los ojos, ventanas vacías carentes en su mayoría de postigos, eran como los de un muerto. Sin lugar a dudas aquella casa era una casa muerta.

Elzevir no se habría detenido ante la sombría funeraria si no hubiera tenido un buen motivo, en sus más de veinticinco años como médico había visto cuerpos y casos de los más atroces, que extraordinariamente, solían ocurrir en los parajes más rurales, lejos del ajetreo de la urbe.

Allí le encontró.

Un niño de no más de diez, once o doce años, de pelo llamativamente verde, como el color verde de los sapos que se encuentran a orillas de Estigia, de cara ensangrentada, que divertía cosiendo el cadáver de lo que antaño fuera uno de sus vecinos. En aquél momento, si alguien le hubiera predicho que lo que quedaba de su vida estaría unida a ese ser, que le intentaría destrozar y con el cual le acabaría uniendo un lazo de dependencia, posiblemente hubiera matado a Soren en ese primer encuentro, presa de los celos, el odio y el horror.

El extraño caso de asesinato que le había llevado hasta allí y llevaba rondando toda la mañana en la cabeza, paso de repente a segundo plano. Ya no le interesaba el hombre calvo y fornido que descansaba sobre la gastada mesa de madera. Antes había tenido varios ayudantes, en su mayoría torpes médicos recién salidos de la facultad, pero aquel chico le dio una corazonada, y sin comerlo ni beberlo empezó a maquinarse en su cabeza todo lo que podría hacer con él, como podría transformarlo en el perfecto siervo, en un médico ejemplar, y sobre todo, en una fuente de riquezas cuando él ya no pudiera ejercer.

En el momento en que el niño, limpiando la sangre de su rostro, le miró fijamente con sus

ojos grises, que mostraban un brillo de crueldad y ambición, entendió que, efectivamente, podría hacer todo lo que quisiera con él y que este nunca se quejaría. No comentó nada cuando deslizó un par de monedas de oro hasta la manos de sus padres, que sonreían encantados, ni cuando Elzevir puso entre sus manos el pesado maletín lleno de instrumentos metálicos y extraños frascos de cristal, y lo instó a avanzar por el camino de barro, desierto, que lo alejaría para siempre de todo lo que alguna vez había conocido. Durante los primeros meses de convivencia, Elzevir dio a su joven pupilo pequeños trabajos: durante el día atendía con él los casos que surgían, ya fueran partos o dolencias; y en el momento que algo salía mal o que los clientes que les llegaban estaban definitivamente muertos, se ocupaba de arreglar los cuerpos, de coser posibles rajaduras y, en muchos casos, de volver a situar los miembros en su lugar original. Puntada a puntada, corte a corte, Soren evolucionaba rápido ante el asombro de Elzevir, que se ufana de su buena vista para los negocios. A pesar de ser casi analfabeto e incapaz de leer un libro, su protegido aprendía de manera mecánica, visual, y pronto sobrepasó a su maestro en destreza. Era increíblemente versátil, se adaptaba a cualquier rincón o situación que su amo tuviera a bien darle, con el convencimiento interno de que aquella era su gran oportunidad, siempre silencioso hasta extremos insospechados, esperando a que algo pasase. No tenía aficiones, no se relacionaba con nadie; únicamente le gustaba ver como funcionaban las cosas por dentro, los pequeños animales de corazón palpitante y ruidoso, los peces que conseguía pescar en las cercanías del río, los ratones que de vez en cuando atravesaban apresuradamente el suelo de la estancia que ocupaba en la casa del amo. Sus únicos momentos de gozo eran los que pasaba sólo en aquella estancia, mientras rajaba lentamente el estomago de aquellos seres, en movimiento, vivos, un momento antes de

quedar horriblemente rígidos.

Aquello lo deprimía enormemente, dejándolo en un estado de abatimiento que duraba hasta el día siguiente, hasta que volvía a sujetar un bisturí, hasta que notaba la presión del corte sobre la piel de sus pacientes. Durante una de estas intervenciones, Soren tuvo una gran idea.

Por su parte, Elzevir, más envejecido y totalmente confiado en su fortuna, empezó a dejar el trabajo a su ayudante, diciéndose a sí mismo que ya había trabajado durante suficiente tiempo, y que Soren era un regalo de la diosa Fortuna, posiblemente para pagar los desvelos que ocasionaba el ejercer como médico en aquellos tiempos revueltos.

Su fama había superado las barreras rurales y toda la ciudad comentaba como sus expertas manos habían tratado los casos más inverosímiles, distorsionados en su mayor parte por la lejanía geográfica de unos lugares a otros, y por la multitud de adornos que solía atribuirle a todo la gente de Estigia. Pronto, Elzevir había comprado una pequeña clínica privada, y como todos los médicos bien acomodados de Estigia había cargado el peso del trabajo enteramente en sus inferiores, en este caso: Soren.

A éste no pareció importarle en absoluto, tenía más tiempo para cortar y coser, y podía poner en práctica sus nuevas ideas. Ya con casi veinte años y con las necesidades sexuales de todo un hombre, Soren empezó a interesarse por algo que conocía muy bien, por aquellos cuerpos yermos y fríos que tan bien reparaba, y empezó a acercarse a ellos, a dormir junto a ellos. Eran cuerpos de pacientes enfermos, muertos durante la operación, de gente lo suficientemente rica como para organizar entierros multitudinarios; olían a perfume ,y tenían pelo suave y piel cuidada. Abría las costuras por la noche y contemplaba sus órganos, disfrutando ante la idea de ser el único poseedor de aquellos cuerpos, que volvía a coser cuidadosamente al día siguiente.

Elzevir empezó a pasearse por los círculos esotéricos de Estigia, la última diversión de moda en la ciudad, codeándose con ricas aristócratas con zorros muertos alrededor de su cuello. La casa donde vivía, que servía las veces de almacén de la clínica, empezó a llenarse de los más extraños objetos que Soren había visto nunca, extrañas bolas de cristal que su amo se quedaba mirando embobado durante horas, libros de dibujos arabescos y feos, y extrañas barajas de cartas que representaban a personas ahorcadas, edificios y gente en situaciones extrañas. Aunque no era totalmente consciente de ello, sabía que a su amo le pasaba algo, estaba de más mal humor que nunca, y solía increparle con más frecuencia que de costumbre por cualquier cosa: por su estupidez, su forma de permanecer silencioso en un rincón, o por el hecho de que nunca conseguiría nada en la vida.

Soren no podría entenderlo de haberlo sabido, pues Elzevir, de casi sesenta años, no tenía otra cosa que miedo a la muerte. Su afición a las artes esotéricas pasó, al ser incapaz de ver su futuro y pronto recurrió al cristianismo, ordenando a su sirviente que tirase todos aquellos trastos. El chico, encantado de deshacerse de esos objetos tan raros se puso manos a la obra, descubriendo entre una baraja de tarot tirada en la alfombra persa una carta que llamó su atención: un hombre alto, con patas de animal y largos cuernos enroscados, como los de un carnero. Por algún extraño motivo guardó la carta, mostrándosela a los ojos vacíos de sus compañeros de sueño, maravillado por esa extraña fusión.

Durante algún tiempo, se olvidó de la existencia de la carta, y su vida volvió a ser como antes, aguantando las increpaciones sobre su falta de miras y su estupidez de un airado Elzevir, al que ahora le había dado por beber, hasta que el día más inesperado apareció alguien en la sala de operaciones, justo cuando había acabado de coser la herida del paciente, que permanecía narcotizado en la mesa de trabajo. Era un hombre vestido con un largo abrigo negro, del que sobresalían unas largas patas de cabra, y que permanecía

mirando al suelo, oculto bajo un gran sombrero de color rojo. Soren, maravillado por su presencia, se acercó a él, encantado por el aura de muerte que transmitía el personaje:

-Vengo a hacerte una propuesta, ¿quieres que te consiga un juguete que permanezca quieto y por mucho que lo rompas nunca muera?

Soren asintió deseoso, encantado de que alguien por fin entendiera sus necesidades.

- Será tuyo si realizas una serie de trabajos para mí.

El chico asintió sin dudar, maravillado por la oportunidad que se le presentaba ante sí, la que había estado esperando durante años. Le prometió realizar cualquier tarea que el ser le propusiese si era capaz de concederle aquello, aunque fuera traicionando a su mismísimo amo. El extraño sonrió de manera extraña, comentándole que su amo también estaría incluido en el plan.

Durante meses, el “Diario vespertino de Estigia” registró crónicas y noticias sobre extraños asesinatos en serie, en los que las víctimas morían desangradas de las formas más extrañas posibles, y de cuyos cuerpos desaparecía de vez en cuando algún determinado órgano, lo que hacía suponer a la policía que se trataba de salteadores interesados en el mercado negro.

Soren estaba eufórico, por primera vez en su vida se divertía como nunca. Asesinar era emocionante y básicamente deshacer lo que normalmente recomponía, era un buen cambio. Consideraba que era fácil despistar a la policía, pero siguiendo los consejos del extraño hombre retratado en la carta, empezó a quemar los cuerpos cuando la ley empezó a cercar los lugares de actuación.

Aquella otra de las constantes en su nueva vida, la visita de aquél extraño personaje cornudo y fantásticamente creado, que le daba indicaciones del aspecto, lugar y hora de su

siguiente asesinato, donde como por arte de magia, las víctimas aparecían .

Por su parte, Elzevir ahora se dedicaba a la santería, nueva moda en Estigia, y a conquistar a su nueva querida con joyas, totalmente ajeno ya a la vida del otro.

El plazo estaba cumplido, Soren había acabado los asesinatos solicitados, y esperaba ansioso su recompensa. Se encontraba solo en su estancia, agazapado en un rincón, nervioso, la llegada del recién llegado.

Las campanadas de media noche sonaban en la iglesia de la calle de las Bucólicas, mientras el joven permanecía con una única vela encendida en medio de la habitación, en el más pesado silencio, esperando...

La figura tardó un rato en aparecer, saliendo de entre las sombras con una elegancia gatuna, acercándose a la luz. El chico lo miró esperanzado, levantándose bruscamente, y preguntando si había llegado el momento.

El ser asintió, mientras en la otra punta de la ciudad, en el club deportivo de Estigia un hombre perdía el conocimiento:

-Baja al sótano, ahí tienes tu premio- aclaró aquel ser muy ufano, señalando la puerta, invitándolo a bajar.

Corriendo como nunca había corrido, todo lo antinaturalmente que correspondía a su naturaleza atravesó veloz el pasillo, más ilusionado de lo que había estado jamás en su vida, bajando a trompicones las escaleras que llevaban al sótano, donde vio el espectáculo más extraño jamás vislumbrado: Elzebir, el extraño y altanero Elzebir encerrado en la más horrible máquina de tortura jamás diseñada, que le impedía cualquier movimiento, mientras la sangre y todo el contenido de su interior se deslizaba hasta el suelo, condenado a no morir jamás.

Todo el rencor y el sin sentido de aquellos años se borró del rostro de Soren, y por primera vez en todos aquellos años, el brillo de crueldad y ambición presente en su niñez volvió a despertar, soltando una estruendosa carcajada ante el patético espectáculo para morir en el acto.

Aquél que vende su alma al diablo no recibe otro premio.